CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 43 de nueve entregas

Precio: Dos reales y cuartillo

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1874

L47
2259

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

247-2259

Bien es verdad que Clotilde habia sufrido mucho. Colocada como lazo de union entre sus padres, todo su cariño, todos sus afanes, todas sus súplicas y lágrimas, no habian bastado para aplacar los justos y antiguos resentimientos de la marquesa.

Por otra parte, su primer amor no habia sido otra cosa que un sueño fatídico. La desaparicion de su padre, á quien Clotilde amaba con toda su alma, le habia hecho adquirir cierta grave melancolía, muy impropia de su edad.

Clotilde habia visto pasar los meses, los años, procurando en vano adquirir noticias de su padre.

Todas las primaveras iba á pasar una temporada al pueblo de Horche, en donde vivia su hermano Daniel retirado del mundo y sin ocuparse más que de los puros y dulces goces de la familia.

Tampoco de la mente de Clotilde se habia borrado el nombre de Julio de Monforte, y muchas veces hablaba de él con su leal amigo, con su hermano del corazon, el duque de San Plácido.

Pero el duque de San Plácido no estaba siempre en Madrid. Su aficion á la música y á los viajes le detenia largas temporadas lejos de España.

La marquesa del Radio, por su parte, no comprendia la esquivez de su hija con aquellos que, enamorados de su hermosura ó de su fortuna, procuraban interesar su corazon con sus galanterías.

Algunas veces le decia:

—Hija mia, vivimos muy apartadas de la sociedad, y noto con disgusto que te complaces en desechar to-

dos los partidos ventajosos que te se presentan. No puedo creer que á tu edad permanezca tu corazon insensible al amor. No temas que yo contraríe tus inclinaciones: si amas á alguno, no me lo ocultes. He sido tan desgraciada, que me horroriza la idea de que tú sigas mi camino.

Clotilde contestaba siempre á estas cariñosas reflexiones de su madre, sonriéndose de un modo dulce:

—Mi corazon no es insensible al amor: amo á usted, á mi querido hermano Daniel y á mi pobre padre, á quien espero aún estrechar contra mi pecho.

—¡Ah! Clotilde, esa es una vana esperanza.

Estas escenas concluian siempre con lágrimas abundantes, y ó bien Clotilde, ó bien la marquesa, procuraban dar un giro á la conversacion por no entristecerse.

Así las cosas, llegó una mañana del mes de Diciembre.

Clotilde se hallaba en su gabinete, de pié junto á los cristales del balcon, contemplando los silenciosos copos de nieve que caian del cielo, tan triste como su alma.

Clotilde contemplaba con distraccion el blanco sudario que cubria los desiguales tejados de las casas de en frente.

—¡Qué hermosa, qué poética, qué deslumbradora es la nieve,—se dijo hablando consigo misma,—cuando se contempla con el espíritu sereno á través de los cristales de una habitacion, donde arde en la chimenea una hermosa lumbre y se respira un ambiente prima-

veral. Los ojos se recrean con ese grandioso panorama que ostenta el campo cubierto de nieve, y gozan viendo los árboles festonados de blanco, con sus caprichosas líneas, y las casitas de una aldea agrupadas á lo lejos, á quienes sirven de horizonte las lejanas montañas, destacándose en el fondo del ceniciento cielo.

Y Clotilde, suspirando melancólicamente, volvió á decirse:

—¡Qué hermoso es un país nevado cuando puede detenerse la mirada en todos sus detalles, sin que el frio enerve su cuerpo, sin que la inquietud turbe su corazon! Pero ¡qué triste, qué penoso, qué desagradable debe ser para el pobre viajero, para el errante peregrino, que sólo ve delante de su mirada una inmensa soledad cubierta con el sudario de la muerte! ¡Pobre padre mio! ¡quién sabe si tú, errante viajero hace tantos años, sentirás el frio y desapacible contacto de la nieve sobre tu cuerpo! ¡quién sabe si tu corazon, helapo por los años y sin sentir el dulce calor de la familia, se rompe á estas horas en pedazos, latiendo con las angustias de la muerte dentro de su estrecha cárcel!

Clotilde se encontraba en uno de esos instantes de melancólica tristeza. Su alma era el vivo reflejo de aquel frio y aquella nieve que contemplaba al través de los cristales de su balcon.

Durante algunos segundos permaneció con la hermosa frente apoyada en las manos, y luego, llevándose una mano al pecho, como si quisiera contener los latidos de su corazon, alzó los ojos al cielo y dijo:

—¡La felicidad! ¡la felicidad! ¿en qué consiste ese precioso don que busca afanosa la criatura? ¿Quién es el hombre que ha resuelto ese gran problema de la humanidad? ¡Ah! ¡no me cabe duda! muchos, al verme pasear por la Castellana en un elegante carruaje, viéndome vivir en un palacio, jóven, hermosa y rica, exclamarán: «Hé ahí una mujer feliz; puede satisfacer todos sus gustos, todos sus caprichos; la fortuna la sonríe desde aquel dia en que respiró por primera vez los gérmenes de la vida.» Pero esos que me envidian, que me presentan como modelo de la felicidad, ignoran que Clotilde de Lostan, á pesar de su riqueza, de su hermosura y de sus títulos, á despecho de sus diamantes y de este lujo fastuoso que la rodea, pasa horas y horas de angustiosa y triste soledad, y noches de dolorosa amargura.

Clotilde hizo una pausa, apoyó su frente, abrasada por el pensamiento, en el frio marco del balcon, y quedóse durante algunos segundos contemplando la nieve, que caia en abundantes copos del cielo; y allí, reconcentrando sus ideas, abstraida por esa vida de los recuerdos que borra por completo el presente de la criatura, vió pasar ante los ojos de su alma todos los episodios de su vida.

Se acordó de aquel dia en que por primera vez sirvió de intercesora entre su hermano Daniel y su padre; de aquel dia fatal en que el general Lostan, ahogando en su pecho la voz de la naturaleza, arrojó inhumanamente de su casa á su propio hijo.

Recordó tambien las tímidas y apasionadas pala-

bras de Daniel al declararle que la amaba, y la dulce impresion que recibió su alma al oirlas.

Clotilde soñaba despierta, y á través de aquella nieve que caia indiferente á sus dolores, creyó ver el lago Leman, la poética quinta de Diodeti, las citas de amor con Daniel, estremeciéndose al pensar el peligro que habia corrido.

Pero todo aquello no era otra cosa que un sueño, un sueño fatídico que ella no podia olvidar. Daniel se hallaba en Horche retirado hacia algunos años, sin que ni una sola vez se le hubiese ocurrido volver á Madrid.

La conducta, la vida ejemplar observada por aquel hermano generoso, arrancaba muchas veces bendiciones del alma de Clotilde.

Todo el derecho, toda la razon estaba de parte de Daniel; pero Daniel, alma grande, corazon generoso, naturaleza privilegiada, se habia sentenciado á sí propio á vivir en el modesto retiro donde habia muerto su madre, ocupado en cultivar su jardin y educar á dos preciosas niñas que Dios habia querido concederle como recompensa de sus virtudes.

Pero no adelantemos los acontecimientos, pues pronto tendremos ocasion de visitar al hijo de la infortunada Angela.

CAPÍTULO II

Noticias del pueblo

Clotilde se encontraba en uno de esos dias tristes, melancólicos, en que sin explicarse la causa, se desea la soledad, porque el alma es un desierto.

El tiempo influye muchas veces en el estado del espíritu; no hay nada tan bello, tan risueño, tan alegre, como un dia de sol, porque en esos dias el cielo es un hermoso espejo donde el corazon del triste olvida sus penas.

A un dia sin sol se le llama un *mal dia* en todos los puntos del universo habitados por el hombre, y cuando esta opinion se halla tan generalizada en el mundo, es una prueba evidente de que el sol, lo mismo para los hombres, que para los pájaros y las plantas, es una necesidad de la vida, que lo embellece y vivifica todo.

Clotilde contemplaba distraidamente la nieve, y su

mirada era ménos triste que el dia, cuando una doncella entró á distraerla de sus meditaciones, entregándole una carta.

Clotilde cogió la carta, despidió á la doncella, y fué á sentarse en una butaca junto á la chimenea.

La carta era de Blanca, y al ver la firma de su amiga predilecta, de su hermana del corazon, la hija del general Lostan se sonrió, reanimando su melancólico semblante.

—¡Ah! veamos qué me dice esta querida lugareña, que tan olvidada tiene á la córte.

Y se puso á leer lo que sigue:

«Clotilde, hermana mia: Abandonaste este pueblo con las últimas brisas del verano. Los vientos otoñales te hicieron emigrar de nuestra tranquila morada; pero tu recuerdo no se aparta ni un sólo instante de nuestros corazones.

»¡Ah! ¡si vieras cuántas veces se pronuncia tu nombre en esta santa casa!

»Todos los dias mis hijas me preguntan por su tia Clotilde. Daniel y yo tenemos que entretener su impaciencia con mentidas promesas.

»Yo creo que mis hijas te quieren á tí más que á su madre. Tu recuerdo permanece vivo en sus virginales imaginaciones.

»¿Y cómo no querer y no acordarse de la que es tan cariñosa, tan condescendiente, tan tolerante con ellas? En el corazon de la infancia brota lozana la hermosa flor de la gratitud, y como los niños no pueden pagar su gratitud más que con su amor y sus besos, mis hijas

te aman siempre, y esperan con viva impaciencia el instante de arrojarse en tus brazos para cubrirte de besos y caricias.

»Tú, sin embargo, querida Clotilde, has dejado pasar cuatro meses interminables sin venir á poetizar con tu presencia nuestro tranquilo nido.

»¿Es que algun dolor, alguna pena aflige tu corazon, y buscas la soledad?

»¡Oh! ¡si ese temor que asalta de vez en cuando mi alma fuera cierto, yo tendria derecho para enfadarme contigo, porque no me llamas á tu lado para consolarte!

»He oido decir muchas veces que la costumbre forma una segunda naturaleza en las criaturas, y yo, que antes de unirme con Daniel te veia todos los dias, tengo tambien necesidad de verte ahora que soy tan feliz, ahora que resplandece sobre mi frente el hermoso sol de la felicidad.

»Aunque me digas que no sé escribir cartas, pues en todas ellas te digo lo mismo, voy á repetirte en esta que Daniel es el mejor hombre del mundo.

»Desde el dia en que con labio trémulo y balbuciente pronuncié el *sí* al pié de los altares, no ha turbado el menor disgusto la paz de mi hogar doméstico.

»Daniel es siempre para mí el amante cariñoso: todos sus afanes, todos sus desvelos se reducen á complacerme, porque me ama con toda su alma.

»Yo no acabaria nunca de enaltecerte la belleza de su corazon, la modestia de sus inclinaciones.

»Perdona estos elogios que te escribe una mujer enamorada.

»Ayer por la tarde, como de costumbre, fuimos á visitar el sepulcro de la madre de Daniel. Me acompañaba mi pequeña Ángela, cuando de pronto ví asomar en sus hermosos ojos, azules como el cielo, dos lágrimas, y le pregunté la causa de ellas:

»—¡Porque tú me engañas!—me dijo con sentimiento.

»—¿En qué, hija mia?—le contesté interesada, viendo la expresion de ternura con que me dirigia aquella reconvencion.

»—Porque todos los dias me dices que vendrá mi tia Clotilde, y no viene. ¿Se ha muerto por desgracia como mi abuelita?

»—No, hija mia, no; tu tia Clotilde vive afortunadamente.

»—Entonces es que no nos quiere, porque no viene á vernos.

»Los niños tienen á veces una lógica terrible. Yo procuré tranquilizar á Angela, asegurándole que tú la amabas más que nunca, y para ello me ví obligada á ofrecerle que vendrias á pasar con nosotros la Noche-Buena y á ver el nacimiento que el doctor Samuel les ha regalado.

»Ya comprenderás, querida Clotilde, el compromiso que he contraido con mi hija, el cual te obliga á pasar con nosotros las próximas Pascuas.

»Confío en que no me dejarás mal, y que podré cumplir mi palabra. Mis hijas, Daniel, todos, en fin,

te lo agradeceremos mucho, pues tu presencia es la única felicidad que echamos de ménos.

»Lee esta carta á la señora marquesa, y venid pronto á reuniros con nosotros.

»Tu hermana, que te quiere más que nunca,

BLANCA.»

A continuacion de la firma de Blanca, se veian escritas estas líneas:

«Si á las razones y súplicas de mi esposa pueden prestar algun apoyo las mias, yo confio que Clotilde vendrá á comer la sopa de almendra con este lugareño que tanto la quiere, y que sólo desea verla tan feliz como lo es él.

DANIEL.»

Clotilde besó repetidas veces la carta. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y durante algunos minutos permaneció inmóvil, contemplando tristemente el papel que tenia entre las manos.

Por fin exhaló un suspiro, y llevándose una mano al pecho, sin duda para sujetar los latidos de su corazon, murmuró estas palabras en voz baja:

—¡Bendito sea Dios que ha colmado de felicidades á Daniel y á Blanca! ¡Bendito sea Dios que ha reunido á esos dos ángeles de la tierra bajo un mismo techo para colmarles de ventura!... Sí, es preciso satisfacer sus deseos: si no puedo convencer á mi madre, la pediré permiso para irme con Santiago... Yo tambien necesito respirar el puro ambiente de los campos, pasar algunos dias

en casa de mis buenos hermanos, y creo que la marquesa no se opondrá á mis deseos.

Clotilde se enjugó los ojos, procuró serenar su semblante, y se dirigió resueltamente á la habitacion de la marquesa.

Doña Beatriz, que no abandonaba nunca su traje de luto, se hallaba sentada en un sillon junto á la chimenea con un libro en las manos.

Al ver á su hija dejó el libro sobre el velador que tenia al lado, y le dirigió una sonrisa melancólica.

Hacia muchos años que la alegría habia muerto para aquella mujer.

Clotilde llegó hasta su madre, la besó con respeto en la frente, y dijo:

—He tenido carta de Blanca, madre mia.

—Blanca es una jóven agradecida, que no se olvida nunca de nosotras... ¿Y qué te dice?

—Lo de siempre, que vayamos á pasar con ellos una temporada. Me habla de sus hijas y de su felicidad. La carta, como todas las suyas, es un idilio pastoril, hijo de su hermoso corazon.

Y Clotilde entregó la carta á su madre para que la leyera.

La marquesa leyó con detencion en voz baja aquellas páginas llenas de ternura, escritas por la mano de Blanca.

—Efectivamente, hija mia,—añadió la marquesa con acento conmovido;—será preciso no dejar mal á Blanca: de lo contrario, se halla amenazada de recibir las terribles reconvenciones de sus hijas.

—¡Ah! ¿luego opina usted que debemos pasar las próximas Pascuas en Horche?

—Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya.

—Entonces lo dispondremos todo dentro de dos dias. Escribiré hoy mismo á Blanca participándoselo. ¡Ah! ¡qué grande va á ser su alegría!

—¡Qué buena eres, Clotilde!—añadió la marquesa mirando con ternura á su hija;—brilla en tus ojos la inmensa alegría que experimenta tu alma en estos momentos, ante la idea del placer que vas á causar con tu presencia á nuestros amigos de Horche.

—Es que ellos nos aman con todo su corazon, su única alegría consiste en vernos á su lado, y tengo la seguridad de que pasarian muy tristemente las Pascuas si no accediéramos á sus deseos.

—Pues bien; no quiero privarte de ese placer. Dí á Santiago que lo disponga todo.

Y como Clotilde se quedara un momento pensativa, doña Beatriz añadió:

—¿Que es eso? ¿te arrepientes del proyectado viaje? ¿por qué veo asomar en tu hermosa frente una nube de tristeza?

—No, madre mia, no; pero en este instante me he acordado de mi padre. ¡Seria tan feliz viéndose rodeado de sus nietas!

—Sí, dices bien; pero sólo Dios sabe el paradero del general. Su existencia es un misterio, que en vano hemos procurado descifrar. Si aún vive, ¿cuál es el ignorado rincon del universo en donde se halla? El tiempo y las canas enfrian los resentimientos del corazon:

mucho daño me ha hecho; pero hoy que deseo perdonarle, ignoro su paradero.

—Pues bien; sea lo que Dios quiera. No, no nos entristezcamos más. Nuestras conciencias deben estar tranquilas, pues hemos hecho todo cuanto estaba de nuestra parte por descubrir su paradero. Siento, sin embargo, allá en lo más profundo del corazon, un resto de esperanza que me dice: «Dios no te olvida, y El te devolverá á tu padre.»

Y Clotilde, dando un beso en la frente á doña Beatriz, enjugóse las lágrimas que corrian en abundancia de sus ojos, añadiendo:

—Voy á disponerlo todo, madre mia. Pasado mañana partiremos. Hasta luego.

Y Clotilde salió de la habitacion, dejando á la marquesa triste y meditabunda, como la habia encontrado.

CAPÍTULO III

—

Trasformacion

La única mágia que en el siglo XIX se comprende, es la mágia del oro.

En otra época remota, en aquel tiempo feliz en que los ángeles bajaban de vez en cuando á la tierra de los hombres y los santos hacian milagros para llenar de fe el corazon de los creyentes, la mágia era admitida, los amuletos prodigiosos estaban á la órden del dia, y más de un hechicero ó hechicera se han retorcido en medio de la devoradora llama de la Inquisicion por sus brujerías prodigiosas.

Hoy no se mata á nadie por hechicero, pues todo el mundo reconoce que el primer nigromántico es el oro, y como es tan agradable tener una varita de virtudes para favorecer nuestros deseos, por eso los pobres morta-

les del siglo XIX ponen todo su afan, todo su empeño en enriquecerse.

Y despues de todo, no deja de sobrarles razon á los que corren detrás de una fortuna haciendo equilibrios políticos ó trabajando sin cesar en una especulacion cualquiera, que les ofrece la esperanza de enriquecerse.

Sabido es que el hombre que llega á ser poseedor de algunos millones, tiene con sus talegas la varita de virtudes codiciada.

Todo cuanto desea lo alcanza, porque el oro acorta las distancias y vence las dificultades.

El oro, pues, habia sido la varita mágica que habia convertido la modesta morada de Angela en un verdadero paraíso.

Los modestos vecinos de Horche estaban orgullosos de la Quinta del *Huérfano*, como llamaban al hermoso *chalet* de Daniel.

La metamorfósis que habia sufrido la modesta casita donde tuvo principio la presente historia, era completa. El milagro lo habia llevado á cabo un buen arquitecto y algunos miles de duros.

Clotilde habia sido la autora de este pensamiento. Ella habia formado el nido para que se albergaran en él dos ruiseñores enamorados, Daniel y Blanca, y tenia cariño á aquel nido, porque era obra suya.

Por uno de esos rasgos de delicadeza que sólo comprenden las mujeres, Clotilde habia encargado especialmente al arquitecto que no tocase en nada absolutamente la habitacion donde habia muerto Angela. Era

un recuerdo perenne tributado á la memoria de la infeliz madre de Daniel.

En la habitacion donde habia exhalado el último suspiro Angela, todo se encontraba del mismo modo, sin que faltara ni el mueble más insignificante, ni el más ligero detalle. Allí se veia el sillon de baqueta donde Angela sentada respiraba con fatiga las puras brisas del campo; la mesa, el tintero y las plumas que le habian servido para escribir sus memorias; la cama donde habia descansado algunas horas su cadáver; el reclinatorio donde tantas veces habia pedido á Dios que no abandonara á Daniel; todo, en fin, se hallaba exactamente igual.

Daniel habia agradecido á su hermana aquel rasgo de atencion, de delicadeza.

Por lo demás, la casa habia sufrido un cambio completo.

Se habia hecho una cerca nueva á la huerta, convirtiendo la mayor parte de esta en un hermoso jardin, con cenadores, con fuentes, con cascadas.

A la casa se le habian añadido dos pabellones laterales y un segundo cuerpo, y todas sus habitaciones eran tan cómodas como alegres.

En este paraíso, pues, que todos envidiaban, y debido á la cariñosa delicadeza de Clotilde, habia trascurrido dulcemente la luna de miel de los jóvenes esposos.

Blanca y Daniel se amaban con toda la ternura de sus almas generosas, y Dios recompensó este puro amor concediéndoles una hija al año de matrimonio. Le pu-

sieron por nombre Angela, en recuerdo de aquella mártir que habia dejado de existir; y esta niña, blanca, rubia, hermosa y risueña como su madre, fué un nuevo lazo que unió más dulcemente el corazon de los esposos.

Blanca, recordando á las buenas madres de Israel, que nunca conocieron nodrizas para sus hijos, crió á sus pechos á la pequeña Angela, con gran aplauso del doctor Samuel, que encontraba más natural, más higiénico y más maternal que nutriera al recien nacido la misma mujer que le habia dado albergue en sus entrañas.

Pero ¿á qué detenernos á describir detalladamente la felicidad que se albergaba bajo el techo de la casa de Daniel? Seria injusto prolongar una narracion que debe dejarse á la clara penetracion de nuestros lectores.

A ruegos de doña Amparo, de Blanca y de Daniel, el doctor Samuel se habia ido á vivir con sus buenos amigos, á quienes llamaba sus hijos y profesaba un verdadero cariño paternal.

De vez en cuando, para que la alegría de los voluntarios desterrados de Horche fuera más completa, iban á pasar una larga temporada con ellos Clotilde y la marquesa.

Tambien los visitaba con frecuencia el duque de San Plácido, el cual les daba buenas noticias de Julio de Monforte, que estaba haciendo, segun su Mecenas, «una bonita fortuna en Méjico.»

Todos los meses recibian una carta de Julio, que

tranquilizaba en parte las inquietudes de su madre doña Amparo.

Al terminar la lectura de esta carta, Blanca solia decir:

—Sólo nos falta para que seamos verdaderamente felices, ver entre nosotros á mi hermano Julio y á tu padre el general Lostan.

Daniel guardaba siempre silencio al oir el nombre del general; pero Blanca, que comprendia aquel silencio, procuraba nombrar con frecuencia al general para que Daniel desechase de su corazon algo repulsivo que aún abrigaba hácia su padre.

Así las cosas, Blanca tuvo una segunda hija, á quien pusieron por nombre Julia. Era hermosa como su hermana, y la crió tambien á sus pechos.

Blanca estaba orgullosa de ser madre de aquellos dos ángeles, y queria sufrir con gusto todas las molestias que proporciona la maternidad, orgullo el más fundado de la mujer, el más digno de elogio.

Así fueron pasando los años. Angela cumplió cinco primaveras; Julia tres.

Despues de estos antecedentes, continuemos la narracion.

Era el dia 15 de Diciembre del año 186...

Daniel habia salido de caza muy temprano, advirtiendo á Blanca que no volveria hasta por la noche, y Blanca, que no tenia otra ocupacion que amar á su esposo y educar á sus hijas, se hallaba en una pequeña y abrigada habitacion que tomaba las luces del jardin, repasando la leccion á su hija.

Junto á la ventana, y disfrutando de un hermoso rayo de sol de invierno, se veia á doña Amparo con un libro en la mano.

La pequeña Angela parecia escuchar con profunda atencion lo que le decia su madre, mientras que Julia sacaba para matar el tiempo todos los objetos de un costurero, pues no habia llegado aún por ella el dia en que su madre la pusiese un libro entre las manos. De esta dulce y siempre agradable ocupacion de las buenas madres, vino á interrumpirle la presencia de Mónica con dos cartas en la mano.

—Esto ha traido el cartero para usted, señorita,—dijo.

Apenas Blanca fijó los ojos en los sobres de aquellas cartas, exhaló un grito de gozo.

—¿Qué es eso?—preguntó doña Amparo, apartando los ojos del libro y fijándolos con visible curiosidad en su hija.

—Carta de Julio y de Clotilde.

—¡Ah, de mi hijo! ¡Dámela, dámela, á ver lo que dice!—exclamó con afan doña Amparo.

—Poco á poco, madre mia; el sobre viene á mi nombre.

—Pues bien; rómpelo y lee pronto,—repuso doña Amparo con ansiedad.

—Señora Mónica,—dijo Blanca,—tenga usted la bondad de llevarse las niñas á que jueguen un rato por el jardin.

—¿Es carta de mi tia Clotilde?—preguntó Angela.

—Sí, hija mia, sí; carta de tu tia.

—Pues yo quiero saber lo que dice.

—Luego lo sabrás. Idos ahora con la señora Mónica.

Y Blanca, besando á sus hijas, las acompañó hasta la puerta, dirigiéndose luego hácia donde estaba su madre.

CAPÍTULO IV

—

De Lisboa y de Madrid

Como Blanca se detuviera un momento, dudando cuál de las dos cartas leeria primero, doña Amparo, que apenas podia dominar su impaciencia, dijo:

—Vamos, hija mia, vamos; comienza á leer la de tu hermano, que al fin y al cabo el pobre Julio se halla más lejos y hace más tiempo que no le hemos visto.

Blanca comprendió las poderosas razones de su madre, y sin vacilar rompió el sobre de la carta de Julio.

Apenas fijó en ella los ojos, no pudo contener un grito de gozo.

—¡Ah! madre mia; me dice el corazon que muy pronto veremos á Julio. Esta carta está fechada en Lisboa.

—¡Bendito sea Dios que ha oido mis oraciones!—

exclamó doña Amparo, juntando las manos con beatitud.

—Lee, lee, hija mia.

Blanca se enjugó los ojos, que la alegría de su alma llenaba de lágrimas, y comenzó á leer con acento conmovido:

«Querida Blanca: Por fin, despues de seis años de ausencia, veo próximo el dia de que os estreche contra mi corazon, á tí á quien tanto quiero, á nuestra madre, á quien no olvido nunca.

»He llegado á Lisboa despues de una navegacion feliz, y dentro de algunos dias emprenderé mi viaje á España á reunirme con vosotras, de las que no espero separarme nunca.

»Tengo vehementes deseos de abrazar á Daniel y vivir en vuestra poética casa de Horche. Así es que me detendré poco ó nada en Madrid, é iré al instante á reunirme con vosotros.

»Supongo que vuestra quinta será bastante grande para cederme dos habitaciones que necesito, una para mí y otra para un amigo desgraciado que me acompaña, para un segundo padre que he encontrado en los bosques de América, obligándole á fuerza de ruegos y súplicas á que regrese á España, su patria nativa.

»La esperanza que ha alentado mis empresas durante mi ausencia, no ha muerto aún en mi corazon. Hay algo de alegría en mi alma á manera que voy aproximándome á España. Bajo su hermoso cielo existe todo lo que amo en el mundo.

»Una voz secreta me dice que el sol de la felicidad brillará en breve sobre mi frente.

»No puedes pensarte, hermana mia, cuán grande es mi satisfaccion al pensar que á fuerza de trabajos y desvelos he podido reunir una fortuna que asegura el porvenir de mi familia para siempre.

»Grande es mi agradecimiento hácia el hombre generoso, que con sus consejos y su apoyo ha contribuido poderosamente á mi engrandecimiento.

»Yo no encuentro palabras con que enaltecer la conducta del duque de San Plácido.

»Quisiera escribirte en esta carta una relacion de todo cuanto me ha sucedido en Méjico.

»Quisiera poderte explicar en ella las encontradas emociones que experimento en este instante; pero mi alegría es tan grande, que me aturdo y no encuentro palabras para expresarte mi inmensa felicidad.

»La última carta que me escribiste vigorizó mi esperanza, poetizando mis ilusiones.

»En ella me hablabas de Clotilde, de Clotilde, á quien no he olvidado ni en mis sueños. Figúrate, pues, la dulce inquietud que se apoderará de mi espíritu en estos momentos, que tan pronto veo el instante de hallarme entre vosotros.

»Todo cuanto me ha sucedido me parece un sueño, una quimera engañadora, y sin embargo, es una hermosa realidad, una realidad llena de poesía y encantos.

»Dejo la pluma, porque estoy seguro de que os escribiré muchas necedades.

»Hasta muy pronto, mi querida Blanca. Os estrecha á todos contra su corazon, vuestro,

JULIO.»

Doña Amparo no habia interrumpido una sola vez la lectura. De sus ojos se desprendian abundantes lágrimas, de su pecho partian frecuentes y comprimidos suspiros.

—Ya lo ha oido usted, madre mia,—exclamó Blanca con infantil regocijo;—dentro de pocos dias Julio se hallará entre nosotros.

—Sí, sí; ya lo he oido,—contestó doña Amparo:—Dios ha escuchado mis oraciones, y me devuelve al hijo de mis entrañas.

—Verá usted qué Pascuas tan felices pasamos. Porque yo supongo que este año no llorará usted, segun costumbre, por la ausencia de Julio.

—¡Oh! no, yo te prometo que este año seré muy feliz. Nunca me han parecido tan dulces las lágrimas como estas que derramo en este instante.

Blanca, mientras su madre se entregaba á sus meditaciones, mientras dedicaba su pensamiento á su querido hijo, á quien habia de ver muy en breve, comenzó á leer la segunda carta, que decia así:

«Por fin, querida Blanca, he logrado convencer á mi madre, y os ofrezco pasar las próximas Pascuas en Horche con vosotros.

»Yo tambien necesito respirar el aire libre; yo tambien necesito gozarme en la contemplacion de un horizonte que no se reduzca á las paredes de mi habi-

tacion. Díselo á Daniel, díselo á tus hijas, pues á todos deseo estrechar contra mi corazon. ¡Dichosos vosotros que respirais en ese poético nido, unidos por el hermoso lazo del amor y la ternura! Dentro de breves dias tendrá el gusto de estrecharte contra su pecho, tu hermana

CLOTILDE.»

Blanca besó la carta repetidas veces, exclamando al mismo tiempo con entusiasmo:

—¡Oh! hay dias en que la felicidad parece sonreirnos por todas partes. El sol brilla con más hermosos rayos sobre nuestra cabeza, y esto es sin duda porque todo sale á medida de nuestro deseo. Hoy recibimos dos cartas, una de Lisboa, otra de Madrid: en la primera me dice Julio que le veremos muy en breve entre nosotros; en la segunda me anuncia Clotilde su llegada. ¡Qué felicidad tan grande vernos todos reunidos! Cuando Daniel regrese de su cacería, se alegrará mucho de estas buenas noticias.

Y como doña Amparo continuara llorando sin dar oidos á las alegres exclamaciones de su hija, ésta continuó:

—Basta de lágrimas ya, madre mia; hoy nuestro contento debe ser inmenso, puesto que muy en breve veremos á Julio á nuestro lado, de regreso ya de su peligroso y largo viaje. Es preciso disponerlo todo para recibir á nuestros huéspedes.

—Pues bien, hija mia; encárgate tú de todo, y déjame á mí llorar pensando en mi hijo.

Blanca comprendió que su madre en aquellos momentos no tenia voluntad para otra cosa que para derramar lágrimas.

La dirigió una mirada de ternura y salió de la sala, dispuesta á desempeñar todas las funciones de un ama de casa hacendosa que espera huéspedes.

. . . . . .

. . . . . .

Mientras estos acontecimientos tenian lugar en el pueblo de Horche, Daniel cazaba en los montes de Muhernando con unos amigos.

El modesto pueblo de Muhernando habia cambiado notablemente desde el año 1839, época en que la guerra fratricida se encontraba en todo su apogeo, y en que por primera vez en este libro lo visitaron nuestros lectores.

La guerra civil devastaba por entonces los pueblos de España, y sus honrados y pacíficos moradores huian de ellos, buscando un refugio en las grandes capitales. La miseria, el abandono, la tristeza, extendian su manto abrumador sobre ellos; pero la guerra tuvo felizmente su término, y la paz y la prosperidad volvieron á tomar su asiento en los modestos pueblos de la montaña.

En Muhernando renació la vida. El jornalero encontró trabajo, y pudo cubrir con el producto que le proporcionaba el sudor de su frente las modestas necesidades de su subsistencia.

El panorama habia cambiado: en todos los semblantes resplandecia la aureola de la paz y la felicidad.

La via férrea llevaba con frecuencia á Muhernando muchos cazadores de Madrid, que sin temor á las huestes carlistas ni á las hordas de foragidos que á la sombra de una bandera política cometian toda clase de tropelías, podian entregarse á la higiénica aficion de la caza.

Los ricos propietarios hijos del país, podian vivir en paz en sus hogares, cuidando de sus intereses y siendo protegidos por la benemérita Guardia civil; y Muhernando, tan abandonado, tan triste, tan pobre durante los siete años de la guerra civil, comenzó á ser con la paz el cazadero más codiciado de la aristocracia y de la alta banca de Madrid.

Daniel, que era un verdadero émulo de San Eustaquio, un cazador de pura sangre, visitaba con frecuencia el hermoso monte de los marqueses de Benamejí, en donde se hallan las artísticas estátuas de los condes de Humanes.

Para un verdadero cazador, la provincia de Guadalajara es el Dorado, la verdadera Panacea. Nada tan rico en caza como esta region central de España, y puede decirse que Muhernando es la perla de esta corona de montes que forman la riqueza de la provincia.

Pocas horas despues de haber recibido Blanca las dos cartas que tanta alegría le causaron, á la caida de la tarde, y cuando Daniel, seguido de sus perros, regresaba al palacio de los marqueses de Benamejí, un hombre, echando pié á tierra de un caballo, le entregó una carta.

Aquella carta era de Blanca, y estaba concebida en estos términos:

«Querido Daniel: He recibido dos cartas: una de Julio, otra de Clotilde. Los dos se hallarán muy en breve entre nosotros. Ven, ven lo más pronto que puedas.

»Tuya,

»BLANCA.»

Tres horas despues, Daniel regresaba á Horche, en donde le esperaban los cariñosos brazos de su esposa y de sus hijas.

CAPÍTULO V

La Noche-Buena

¡Bendito sea el hogar doméstico, cuando en él habitan la fe, el amor y la tolerancia! ¡Benditos sean los dulces lazos de la familia, cuando se hallan perfumados por la purísima esencia del cariño!

Nada es tan tiernamente amoroso como la sonrisa de una madre que contempla el tranquilo sueño de su hijo; porque aquel tierno vástago reasume para ella todo el poema de su vida, porque aquel niño dormido es su pasado, su presente y su porvenir.

Las madres que no olvidan nunca la santa y penosa mision que les impone la naturaleza, deberian ir por las calles, como los poetas de la antigüedad, con la frente coronada de laurel.

Una madre, cuando sabe serlo, es el benéfico sol de la familia, la hormiga del hogar, que recoge el grano

para el invierno, el íris de paz que redime con sus besos todas las cuestiones, el celestial rocío que apaga la tea de la discordia.

Nunca se dirá bastante para enaltecer las bellezas morales de las madres, que despues de nutrir nuestro cuerpo en sus entrañas, perfeccionan nuestra alma y educan nuestro corazon por el amor, encarnando en nuestro pecho la fe que fortalece el espíritu y la resignacion que eleva nuestra inteligencia.

La madre es la verdadera panacea de la familia, pues ella, con sin igual ternura, con afan incansable, encuentra el remedio para los males del cuerpo y del espíritu, y alivia los dolores de la materia y del alma.

El corazon maternal, todo amor, todo ternura, ha llevado á cabo los rasgos más heróicos, las abnegaciones más sublimes con que se honra la historia de la humanidad, y como las madres no rinden nunca tributo, ni al interés, ni al egoismo, todos sus actos se revisten de una sublimidad encantadora.

Al gran Alejandro, encontrándose en el apogeo de su gloria, siendo dueño del mundo, uno de los cortesanos que le adulaban, deseando elevarle á la categoría de Dios, le dijo:

—Dueño eres del mundo, ¿qué te falta?

—Lo que nunca podrá darme mi espada, mis ejércitos, ni tus adulaciones: ser madre.

Blanca era una verdadera madre: compartia el inmenso amor de su alma entre su esposo y sus hijas.

El dia 24 de Diciembre, los cercanos montes que rodeaban á Horche amanecieron cubiertos de nieve.

Clotilde y la marquesa del Radio habian llegado el dia antes, cumpliendo su palabra; y Julio era esperado con impaciencia, pues con un telégrama desde Madrid les habia anunciado que llegaria el 24 por la tarde.

Grande, pues, era el regocijo de la familia de Daniel, y todos se prometian pasar unas Pascuas felices.

Angela y Julia, rodeadas de algunas niñas del barrio, no se separaban del hermoso nacimiento que el doctor Samuel habia hecho construir en Guadalajara; aquel nacimiento, con sus arroyos de cristal, con sus pastores, con sus ovejas, con sus reyes Magos, era la envidia de todas las muchachas de Horche, y las hijas de Blanca se sentian orgullosas de poseer un objeto tan precioso.

Así pasó el dia, durante el cual doña Amparo y Blanca se asomaron cien veces á la a otea, desde donde se distinguia el camino de Guadalajara, esperando á Julio.

Daniel procuraba tranquilizar la impaciencia de doña Amparo y de Blanca.

—Es inútil que subais á la azotea, porque Julio no llegará hasta las ocho de la noche. El tren llega á Guadalajara, si no se retrasa, á las siete de la tarde.

—Sin embargo,—decia doña Amparo,—él en su telégrama nos anuncia que debe llegar antes.

—Eso no pasa de ser una equivocacion suya. Ya vereis cómo llega esta noche, y á la hora precisa de hacer colacion con nosotros.

A pesar de las razones tranquilizadoras de Daniel,

continuaba la impaciencia de Blanca y doña Amparo.

Por fin llegó la noche. En el cómodo y elegante comedor ardia una hermosa lumbre en la chimenea; la mesa estaba dispuesta, toda la familia reunida al rededor de la lumbre.

El reloj dió ocho campanadas.

La impaciencia de doña Amparo comenzaba á convertirse en inquietud, cuando se oyó el precipitado trote de unos caballos y los agudos chasquidos de un látigo.

Doña Amparo y Blanca lanzaron un grito, y levantándose precipitadamente, corrieron á la puerta.

Todos las siguieron, diciendo:

—¡Ahí está! ¡ahí está!

Un momento despues, doña Amparo y Blanca, casi desmayadas, se hallaban en los brazos de Julio.

Nos seria de todo punto imposible describir este momento de inefable placer para aquella madre, para aquella hermana, que volvian á encontrar á Julio despues de tan larga ausencia.

Durante algunos minutos, sólo se oyeron los sonoros ruidos de los besos y palabras entrecortadas que brotaban del fondo del alma.

Por fin Julio, dominando su emocion y separando dulcemente de sus brazos á su madre, dijo esforzándose por sonreirse:

—Pero, por Dios, dejadme que dé un abrazo á mi hermano Daniel, que salude á la marquesa y á Clotilde.

—Sí, sí, dices bien, querido Julio; ven á mis bra-

zos,—repuso Daniel.—Preciso es confesar que nada hay tan egoista como una madre.

Los dos amigos se abrazaron besándose en la frente, y luego Julio presentó sus manos á la marquesa y á Clotilde, que presenciaban verdaderamente conmovidas aquella escena.

—Pero ¿dónde están mis sobrinas?—exclamó Julio, dirigiendo una mirada en derredor suyo.

—Aquí estamos, querido tio, aquí estamos,—dijeron las niñas acercándose.

Julio se bajó para besarlas, pero ellas se agarraron cariñosamente á su cuello, y el viajero entró en la casa llevando en sus brazos aquella preciosa carga.

Cuando llegó al comedor, al ver la mesa dispuesta, exclamó:

—Veo que llego á tiempo, y en verdad que esta inmensa alegría que experimenta mi alma abre mi apetito.

—¡Pues á la mesa! ¡á la mesa! Sólo á tí te esperamos,—dijeron varias voces.

Julio iba á ocupar el sitio que le indicaba su madre, cuando de pronto hizo un movimiento brusco y se dió una palmada en la frente.

—¡Diablo!—dijo,—he olvidado á mi buen amigo, á mi segundo padre; no es extraño, he experimentado tan dulces emociones.

Y los ojos de Julio se fijaron involuntariamente en Clotilde, que apenas habia desplegado los labios desde su llegada.

—Efectivamente,—repuso Daniel,—nos has indi-

cado varias veces en tus cartas que te acompañaria un amigo, y le hemos dispuesto su habitacion.

—Pues bien; ese amigo se halla en el coche, y voy en su busca, porque el pobre es ciego y necesita de mi apoyo.

Julio salió del comedor, se dirigió precipitadamente hácia la puerta de la calle, abrió la portezuela del coche, y dijo:

—Dispense usted si le he dejado por algunos momentos. He corrido peligro de ser devorado por la familia. Mi madre en particular, casi se me ha comido á besos. Estoy verdaderamente conmovido. Apóyese usted en mi brazo.

—Supongo que no habrá usted dicho una palabra,—dijo una voz desde el fondo del carruaje.

—He sido bastante egoista para no ocuparme más que de mi persona; pero mucho temo que el secreto que usted se empeña en guardar no sea muy duradero.

—¿Cree usted que es tan fácil reconocerme?

—Lo que no ven los ojos del cuerpo, suelen verlo los del alma.

—Sin embargo, ya sabe usted que yo me llamo el señor Mendoza.

—Está bien.

El hombre del carruaje extendió su brazo, y se apoyó en el hombro de Julio, bajando con la torpeza y recelo peculiar de los ciegos.

Aquel hombre, que vestia un gaban abrochado hasta el cuello y una gorra de viaje de piel de nutria, se cogió del brazo de Julio y entró en la casa.

Caminaba con el cuerpo un tanto inclinado, y á juzgar por su luenga y blanca barba, parecia un anciano.

Al entrar en el comedor todas las miradas se fijaron en el compañero de Julio; pero aquel hombre era ciego.

Cuando Julio le presentó, quitóse el anciano la gorra, dejando ver una calva venerable y una profunda cuchillada en la frente, que partiéndole la ceja derecha, iba á perderse en su blanca y poblada barba.

Clotilde, sin poderse explicar la causa, al fijar los ojos en aquel venerable anciano se estremeció vivamente.

—Tengo el honor de presentar á ustedes á mi leal amigo, á mi segundo padre el señor de Mendoza,—dijo Julio.—Pasará una temporada con nosotros, y luego le acompañaré á su país para que se reuna con su familia.

Clotilde no apartaba los ojos del anciano. La marquesa, que se hallaba al lado de su hija, miraba tambien con tenacidad al pobre ciego, como si buscara en sus envejecidas facciones algun recuerdo.

El ciego extendió la mano derecha, y saludando con cierta majestad, dijo:

—Julio es el hombre mejor del mundo; ha sido para este pobre anciano un hijo cariñoso. Dios y yo sólo sabemos cuánto le debo. ¿Dónde está la madre de Julio? Quiero estrechar su mano.

—¡Esa voz, esa voz, madre mia!—murmuró Clotilde al oido de la marquesa.

—¡Silencio!—contestó doña Beatriz en voz baja.

Mientras tanto, doña Amparo se habia acercado al ciego, dándole la mano.

Mendoza depositó respetuosamente un beso en aquella mano, y de sus ojos sin luz se desprendieron dos lágrimas, que rodando por sus megillas, fueron á perderse en su luenga barba.

—¡Bendita sea usted, señora,—dijo el anciano,—que vuelve usted á reunirse con un hijo que no la ha olvidado un solo instante! Dios es justo, pues la deja disfrutar de este momento llenando de gozo su alma.

—Amigo Mendoza,—dijo Julio, procurando dar á su entonacion un acento alegre,—hemos llegado á mi casa en un momento oportuno. La mesa está dispuesta, y la cena espera.

—¡A la mesa! ¡á la mesa!—añadió Blanca.

Clotilde se acercó al ciego, y cogiéndole por una mano, le dijo:

—Aquí, caballero, á mi lado.

El ciego se estremeció, tembló su mano, y se dejó conducir por Clotilde sin desplegar los labios, la cual le hizo tomar asiento entre ella y la marquesa.

CAPÍTULO VI

—

El señor Mendoza

El cura párroco, invitado aquella noche á tomar parte en la colacion de casa de Daniel, bendijo las viandas y comenzó la cena en el más religioso silencio.

La grave y triste actitud del anciano ciego preocupaba á todos los convidados, porque sin duda en aquella venerable cabeza creian encontrar el recuerdo de un hombre desgraciado, cuyo paradero se ignoraba.

Clotilde apenas comia; no apartaba los ojos del rostro del ciego, siguiendo con inquietud el menor de sus movimientos.

La marquesa, grave, pálida, silenciosa, parecia una estátua de mármol, que de vez en cuando dirigia miradas furtivas al hombre de la venerable barba.

Los más alegres, los más decidores, al rededor de aquella mesa, que para algunos convidados tenia la tris-

teza del sepulcro, eran el cura párroco y el doctor Samuel.

Comian con bastante apetito, dirigiendo sin cesar preguntas á Julio de Monforte.

—He oido decir que Méjico es una de las poblaciones más hermosas del mundo,—dijo el párroco.

—Y así es efectivamente,—contestó Julio.—No hay en el Universo cielo ni campiña más bella: el cielo sonrie y la tierra canta.

—Sin embargo, he leido algunos viajes, y afirman que la república mejicana,—dijo á su vez el doctor,—no puede verse libre de esas hordas de feroces bandidos que asaltan á los viajeros, cometiendo con ellos horribles tropelías, asesinatos espantosos.

—¡Ah! sí, es verdad,—repuso Julio.—Los *plagiadores*, como los llaman por allá, dejan rios de sangre en pos de sus huellas, y son una verdadera vergüenza para los mejicanos. Suerte y no poca ha sido la mia el no haber sido víctima de los *plagiadores*, despues de tantos viajes llevados á cabo por el interior de Méjico.

—Pero yo no puedo creer que sea cierto todo lo que dicen de esos feroces bandidos,—objetó el cura.

—Pues puede usted creerlo, porque tienen un ingenio infernal para sus crímenes. Todo cuanto se diga de los horribles asesinatos que cometen, es poco ante la realidad. Cuando yo me veia en la precision de emprender un viaje de Puebla á Méjico, buscaba siempre ocho hombres de mi confianza, y emprendiamos el camino en un coche chapeado de hierro, los rifles en las manos, esperando el momento de ser atacados. Cada

viaje supone una batalla, en la que no siempre salen vencedores los bandidos; pero confieso sin petulancia que no me detenia el peligro. Habia llegado á Méjico sin otro objeto que el de hacer una pequeña fortuna, y no era cuestion de detenerme en mis empresas por miedo á los ladrones. Pero, por fin, yo he realizado mi pensamiento: vuelvo á España con un mediano capital, y me encuentro sano y salvo entre las personas que tanto ama mi corazon, que nunca olvida mi mente.

El cura párroco, que era curioso de sobra y que le gustaban mucho las historias de bandidos, volvió á preguntar:

—¿Y no tuvo usted nunca algun encuentro con los *plagiadores*?

—Formalmente, uno.

—Ya decia yo...

Y el cura se frotó las manos, como el que se dispone á oir alguna cosa agradable; pero como observara que Julio guardaba silencio, añadió:

—¿Y qué es lo que sucedió en ese encuentro?

—Padre cura,—dijo Julio sonriéndose,—usted me dispensará si guardo silencio sobre un episodio de mi vida, en que la modestia no me permite decir una palabra.

—Pero yo, hijo mio, que tanto te debo,—dijo el anciano con voz grave, tomando parte en la conversacion,—aconsejado por la gratitud, voy á referir á estos señores ese episodio de tu vida, que me libró á mí de la muerte.

Estas palabras del anciano causaron un vivo inte-

rés á todos cuantos las escucharon. Aquella voz volvió á herir de nuevo el alma de Clotilde y de la marquesa del Radio; pero dominando la emocion, guardaron silencio y se dispusieron á escuchar.

El ciego se llevó una mano á la frente, como si tratara de reanudar sus recuerdos, y agitando luego con cierta melancolía la cabeza, habló de este modo:

— Nada tan infame, nada tan horriblemente criminal, como esas hordas de feroces negros y sanguinarios mulatos, que burlándose de la ley, viven con salvaje independencia en los bosques, cometiendo toda clase de robos y asesinatos. Yo he sido una de esas víctimas, y á ellos debo las eternas tinieblas de mis ojos.

La entonacion de aquel anciano era tan grave, tan pausada, tan interesante, que todo el mundo le escuchaba reprimiendo la respiracion.

El señor Mendoza hizo una pausa, y volvió á continuar:

—Yo me hallaba emigrado en Méjico, por razones que no son del caso explicar en este momento. Tuve necesidad de emprender un viaje, y abandoné el lugar de mi residencia con una confianza temeraria. Sólo me acompañaba un negro, práctico en los bosques que debia atravesar. Yo iba montado, y llevaba un rifle de diez y ocho tiros. Con aquella arma y la serenidad de mi corazon, me creia libre de los *plagiadores*, que nunca habia visto, aunque tantas veces habia oido hablar de ellos.

»Trascurrió el primer dia de mi viaje sin que ocurriera nada de particular. Al amanecer del segundo nos

internamos en un bosque, en donde nunca habia penetrado la luz del sol. Despues de una hora de marcha, el guia que caminaba delante de la cabeza de mi caballo se detuvo junto á un arroyo, é inclinándose hácia el suelo hizo un gesto desagradable, llevándose ambas manos á la cabeza.

»—¿Qué es eso, José?—le pregunté.

»—Esto es, señor,—me contestó,—que ó yo me engaño, ó los *plagiadores* han pasado la noche junto á este arroyo.

»—¡Bah! veo que tienes mucho miedo, pobre José; continuemos la marcha.

»El negro se encogió de hombros, y proseguimos nuestro camino.

»Apenas habrian trascurrido algunos minutos, cuando resonó la detonacion de un arma de fuego, y mi caballo, dando un bote violento, rodó por el suelo, derribándome descompuesto en la caida. Un chorro de sangre brotaba de la frente del noble animal, que se revolcaba por el mullido césped del bosque en las ánsias de la muerte.

»Yo quise levantarme para apoderarme del rifle, mi única arma, que se hallaba sujeto á las correas de la silla; pero al mismo tiempo un hombre se desprendió de las ramas del árbol al pié de cuyo tronco me hallaba, y cayendo de golpe sobre mis espaldas, me aturdió momentáneamente.

»En ménos de un minuto ví descender de los corpulentos árboles hasta unos doce ó catorce hombres. Todos eran mulatos ó negros. Imposible seria describir la

espantosa algarabía, los gritos infernales de aquellos malvados, que se lanzaron como fieras hambrientas sobre mí.

»En un instante me ví despojado de mis ropas, hasta de las botas, y fuertemente atadas las muñecas por detrás de la espalda. La rábia por no haber podido defenderme de aquellos miserables, me ahogaba.

»Uno de ellos, el que parecia el jefe, despues de registrar mi maleta y enterarse de quién era por mis papeles, soltó una feroz carcajada y dijo:

»—Hemos hecho una buena presa. Esta noche, camaradas, rellenaremos el vientre de una res con el cuerpo de este español. ¡Ea! en marcha.

»Comprendí que era inútil resistirse á todo cuanto decian aquellos infames, y me propuse obedecerles ciegamente; pero yo ignoraba entonces los tormentos que me aguardaban.

»No quiero detenerme describiendo las penalidades que me hicieron sufrir. Durante tres dias no me dieron otro alimento que frutas silvestres, haciéndome caminar descalzo, ora por los bosques, ora por interminables pedregales, que rasgaban mis piés, produciéndome terribles dolores.

»Cuando algun gemido de dolor se escapaba de mi pecho, ellos prorumpian en inhumanas carcajadas, sacudiendo sobre mis espaldas terribles latigazos para avivar mi paso.

»Cruel, espantoso fué aquel calvario que me hicieron apurar durante tres dias.

»Por fin llegamos á un bosque, donde se veian cua-

tro ó seis cabañas levantadas junto á un charco inmenso de agua. La sed abrasaba mis fauces y una aguda calentura consumia mis fuerzas; quise beber agua, pero me lo prohibieron.

»El jefe de aquella horda de salvajes dió algunas órdenes que no pude comprender, y cuatro de sus camaradas desaparecieron, volviendo al poco rato con una vaca.

»Con increible agilidad uno de aquellos bandidos hirió con el cuchillo al animal en la garganta, y luego le arrancaron la piel, pero dejando adherida gran cantidad de grasa y carne. Despues de esta operacion me cogieron entre dos de ellos, me ataron fuertemente los piés, y me envolvieron en la humeante piel de la vaca.

»Despues hicieron un profundo hoyo y me enterraron en pié con aquella mortaja, dejándome solamente la cabeza fuera de la tierra.

»Entonces comprendí el espantoso fin que me esperaba. Elevé los ojos al cielo, y esperé resignado mi martirio, creyéndolo una justa expiacion de mi pasada vida.

»Mi cuerpo iba á ser en breve devorado en vida por los gusanos.

»Un sol abrasador caia de plano sobre mi descubierta cabeza. Cerré los ojos y encomendé mi alma á Dios.

»Mientras tanto, los infames bandidos devoraban á medio asar grandes trozos de vaca.

Para mí no quedaba ya la menor esperanza. Me

entregué á la vida de los recuerdos, y ví pasar uno por uno á todos los séres que habia amado en la tierra.

»Así trascurrieron algunas horas, ignoro cuántas; porque ya las influencias del sol, que derretia mi cráneo, comenzaban á producir en mí una especie de vértigo, un delirio.

»De repente observé que todos aquellos bandidos, abandonando su festin, corrieron á las cabañas, saliendo al instante armados.

»Oí silbar las balas en derredor mio, y renaciendo en mi alma un resto de esperanza, procuré coordinar mis ideas para enterarme de lo que sucedia.

»En este instante, un hombre que se batia en retirada y que se hallaba á pocos pasos del sitio que yo ocupaba, recibió un balazo en el pecho, y lanzando una terrible maldicion, arrojó lejos de sí el fusil que llevaba en las manos, desenvainó el machete, y dirigiéndose hácia mí, me dijo:

»—¡Ah! perro, vienen á salvarte; pero tú no lo serás.

»Y descargó al mismo tiempo una terrible cuchillada sobre mi frente.

»Yo perdí el conocimiento.

»Algunas horas despues, al recobrar la vida, me hallé tendido sobre una cama de hojas: un hombre se hallaba de rodillas junto á mi cabecera; tenia un vaso en la mano, que aplicó á mis labios tan pronto como dí señales de vida.

»Ese hombre era Julio de Monforte, mi salvador, mi providencia, mi ángel bueno.

En derredor de la mesa se oyó un grito de admiracion, y todas las miradas se fijaron en Julio, que parecia avergonzado ante la noble revelacion del anciano.

Clotilde dirigió tambien á Julio una mirada llena de ternura, de gratitud, y aquella mirada hizo latir dulcemente el corazon del jóven. Y es que Clotilde habia adivinado quién era el pobre ciego que acababa de narrar tan triste episodio, y necesitó de todo su valor, de toda su fuerza de voluntad, para no arrojarse en sus brazos; pero las miradas de su madre y el temor de cometer alguna imprudencia, la contenian.

El anciano ciego, que parecia fatigado, respiró como para cobrar aliento, y volvió á decir de este modo:

—Julio, no contento con exponer su vida disputándoles su presa á los bandidos, fué para mí desde aquel dia un hijo cariñoso. Me trasladó á Méjico, y durante mi larga y penosa enfermedad, no se separó ni un instante de mi lado.

»La terrible cuchillada que habia descargado sobre mi frente el jefe de los *plagiadores* antes de morir, me habia privado del ojo derecho; la calentura me privó del izquierdo, y quedé ciego.

»Julio, alma noble, corazon generoso, al verme en tierras lejanas, pobre, envejecido y ciego, me propuso que no me separara nunca de su lado, que le permitiera que me llamara su padre.

—Basta, señor Mendoza, basta,—murmuró Julio.—Yo sólo he cumplido con mi deber. ¿A qué recordar la historia del pasado?

—No, hijo mio, no,—exclamó el anciano, levantándose y extendiendo los brazos en direccion del sitio que ocupaba Julio.—No es la vida del cuerpo la que has salvado, sino la vida del alma. ¿Qué le importaba á este desgraciado exhalar el último aliento en los bosques de Méjico? Tus palabras de consuelo, tus filiales cariños, han logrado despertar en mi alma la esperanza que yacia muerta. Tú, incansable protector y consejero de este pobre viejo, le has hecho comprender que debia pasar de nuevo el Océano en busca del perdon y del olvido. Tú, extendiendo el brazo en direccion á la vieja España, me dijiste un dia con toda la ternura de tu corazon: «Padre mio, es preciso cruzar los mares, es preciso buscar á los séres que conmueven nuestras almas, es preciso morir junto á la tumba de nuestros mayores.» Esas palabras levantaron un eco de amor en el fondo de nuestro corazon, y yo, apoyado en tu brazo, he vuelto á España, pobre, viejo, encorvado por el dolor y los remordimientos, y faltos mis ojos de esa preciosa luz que permite al pecador contemplar el purísimo azul del cielo.

Y el ciego, despues de llevarse las manos á la frente, se estremeció visiblemente, y cambiando de entonacion, dijo:

—Julio, hijo mio, condúceme á mi aposento; me siento fatigado, necesito el reposo.

Julio abandonó precipitadamente su sitio, cogió del brazo al ciego y dijo:

—Vamos, padre mio.

Daniel, Clotilde y la marquesa, hicieron un movi-

miento para seguirle; pero Julio extendió el brazo indicando que no se movieran.

—Madre,—añadió Julio,—¿cuál es la habitacion del señor Mendoza?

—Ven, hijo mio,—dijo doña Amparo, cogiendo una luz.

Apenas doña Amparo, seguida de Julio y el ciego, habia salido del comedor, Clotilde exclamó extendiendo los brazos hácia su hermano:

—¡Daniel, Daniel!... supongo que le habrás reconocido.

—Sí.

—¿Y qué hacemos?

—Esperar,—contestó la marquesa, volviendo á sentarse en la silla, que poco antes habia abandonado.

CONCLUSION

El agradecimiento es una belleza del alma, de la que carecen muchas criaturas; tanto peor para ellas.

No sucedió así á Clotilde de Lostan, que agradecida á los grandes servicios que Julio de Monforte habia prestado á su padre, comenzó desde la Noche-Buena descrita en el capítulo anterior á sentir por el jóven viajero un afecto más vivo, más interesante.

Por otra parte, Julio poseia todas las condiciones para hacer feliz á una esposa, y amaba con toda su alma á Clotilde.

La misma noche que el anciano ciego contó el terrible episodio de su vida en Méjico, Clotilde, la marquesa y Daniel entraron acompañados por Julio en la habitacion del huésped, y tuvo lugar una escena de lágrimas, de besos, de reconciliacion.

El general Lostan no quiso ocultar por más tiempo á su familia su verdadero nombre. Hubiera sido inútil. Pero les exigió una promesa, y les dijo:

—Si aún guardan para mí vuestros corazones un resto de cariño, si quereis que los pocos años que me quedan de vida trascurran tranquilos para mí, dejadme vivir en este retiro, olvidad al general Lostan; llamadme solamente el señor Mendoza. Las hijas de Daniel serán el báculo de mi vejez, y ellas acompañarán al pobre anciano cuando en esos dias hermosos de invierno tenga necesidad de tomar un poco el sol. Yo os he hecho sufrir mucho, he sido más desgraciado que criminal. La ambicion me cegó, y cometí bajezas indignas de un hombre honrado. Vuestro perdon sincero y verdadero viene á refrescar mi alma, á endulzar mis amarguras. Pero no lo olvideis: llamadme Mendoza; el general Lostan ha muerto para todos ménos para vosotros.

Todos comprendieron que aquello no era un capricho de la vejez, sino una precaucion para evitar nuevos peligros.

Todos tambien juraron obedecer los deseos del general.

Santiago, el leal ayuda de cámara, se encargó desde este dia de asistir á su amo.

El general podia contar con un amigo fiel, con un servidor á toda prueba, y aquella misma noche, Santiago, lleno de gozo por haber encontrado de nuevo á su amo, quemó la carta acusadora escrita por la mano del conde de la Fe, y que conservaba solamente por dar

una prueba á la marquesa de su lealtad para con el general.

Julio habia reunido en Méjico una fortuna de treinta mil duros, y persuadido de que no era indiferente á Clotilde, se atrevió por fin á pedir su mano, que la marquesa le otorgó sin vacilacion.

Tres meses despues se celebraban en Madrid las bodas de Julio y Clotilde; á ellas asistieron todos los desterrados voluntarios de Horche, y el noble y generoso duque de San Plácido, que veia con inmensa satisfaccion la felicidad de sus amigos, á la cual habia contribuido con todas sus fuerzas.

La sociedad aristocrática de Madrid murmuró un tanto de esta boda; pero el tiempo vino á demostrarles que la felicidad no consiste en elegir un marido aristocrático, sino bueno, honrado, cariñoso, como Julio de Monforte.

Si el novelista se entretuviera en detallar dia por dia, paso por paso, la vida de los personajes que pone en juego hasta la hora de su muerte, los libros se harian interminables.

Bastante hemos escrito sobre este pensamiento, bien á pesar nuestro. Vamos á decir la última palabra y á escribir el último párrafo.

El lector, indudablemente no se ha olvidado de Marieta la bailarina y de don Joaquin el viejo millonario. De estos dos personajes, sólo le diremos que, casados en Roma y cansados de viajar, se establecieron por fin en Madrid, en donde viven; y como en este mundo, como ha dicho Calderon, *gustos y disgustos*

son no más que imaginacion, don Joaquin vive feliz, contento y enamorado de su mujer, á pesar de la maledicencia, que se complace en reirse de su hombría de bien y su calma.

Pero ¿qué más puede pedir un hombre viejo, cuando se casa con una mujer jóven, sino que le dé hijos que prolonguen su generacion? Marieta era madre de dos hermosos niños, que formaban las delicias del viejo millonario, y aunque algunos malévolos murmuraban en voz baja, don Joaquin se sentia muy satisfecho de ser padre, porque hombre práctico y conocedor de la historia, no ignoraba que no hay nada tan fecundo como un matrimonio en que el marido tiene sesenta años y la mujer diez y ocho.

La filosofía debe aprenderse para vivir entre los hombres. Don Joaquin era un gran filósofo.

— FIN —

INDICE

TOMO PRIMERO

Páginas

DOS PALABRAS..... 5

LIBRO PRIMERO

EL ÚLTIMO BESO

CAPÍTULO I..... La noche..... 9
— II..... Una tarde de otoño..... 13
— III..... Cuerpo de hombre y alma de niño..... 24
— IV..... La ciencia y la naturaleza..... 32
— V..... El ángel de la muerte..... 45
— VI..... El cofrecillo de ébano..... 53
— VII..... El doctor Samuel..... 61
— VIII... Los muertos no hablan..... 71

LIBRO SEGUNDO

UN ÁNGEL DE LA TIERRA

CAPÍTULO I..... El general Lostan..... 83
— II..... Un hombre agradecido..... 97
— III..... La niña enferma..... 107
— IV..... Un poco de música..... 116
— V..... Historia de Julio de Monforte..... 126
— VI..... Un sueño de color de rosa..... 133
— VII..... Donde continúan los sueños de color de rosa. 141
— VIII... La desterrada voluntaria..... 148
— IX..... Donde el general pierde la batalla..... 156
— X..... La influencia doméstica..... 166
— XI..... Malas nuevas..... 174

LIBRO TERCERO

—

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

		Páginas
CAPÍTULO I.....	Llegar á tiempo.....	183
— II.....	La curiosidad de la aldea.....	191
— III.....	El cedro de Odora.....	203
— IV.....	Donde Bonifacio oye, ve y calla.....	210
— V.....	Donde el Galeno de la córte abandona la aldea.	219
— VI.....	La despedida.....	227

LIBRO CUARTO

—

LA LLEGADA DEL HUÉRFANO

CAPÍTULO I.....	Donde Clotilde continúa sus peticiones.....	239
— II.....	En el café.....	248
— III.....	La primera carta.....	258
— IV.....	Continuacion del anterior.....	267
— V.....	Donde continúan las emociones de Daniel...	279
— VI.....	El conde de la Fe.....	290
— VII.....	Cambio de fortuna.....	301
— VIII...	Una noche sin sueño.....	309
— IX.....	Dios los cria.....	318
— X.....	El sueño y la realidad.....	326

LIBRO QUINTO

—

HISTORIA DE UNA CALAVERA

CAPÍTULO I.....	Un poco de crítica.....	335
— II.....	Donde el conde prepara el terreno.....	355
— III.....	Donde continúa la novela.....	359
— IV.....	Donde el conde de la Fe sigue preparando el terreno.....	374
— V.....	Principio de una historia.....	384
— VI.....	Donde principia el drama.....	395
— VII.....	El primer desafío.....	409
— VIII...	El tercer amante de Margarita.....	42[illegible]

LIBRO SEXTO

—

CABOS SUELTOS

		Páginas
Capítulo I.....	El segundo amor.....	437
— II.....	La jóven enlutada.....	452
— III.....	Abuso de confianza.....	477
— IV.....	Una herida en el alma.....	487
— V.....	Despues de tres años.....	503
— VI.....	Donde comienza el drama de familia.....	510
— VII....	Nuevos temores.....	520

LIBRO SÉTIMO

—

EL PRINCIPIO DE UN DRAMA

Capítulo I.....	El ginete del caballo inglés.....	535
— II.....	Donde el general concibe una sospecha.....	547
— III.....	Ganar terreno.....	556
— IV.....	Dos escenas distintas.....	565
— V.....	Un noble sin nobleza.....	574
— VI.....	Donde el general empieza á ejercer la autoridad paterna.....	582
— VII....	Crece la tempestad.....	594
— VIII...	Dos almas que se comunican.....	603
— IX.....	Donde crece el sobresalto.....	614
— X.....	La consulta gratis.....	621
— XI.....	El jefe de la policía secreta.....	636
— XII. ...	Castillos en el aire.....	648
— XIII...	Donde el conde de la Fe representa una escena de comedia.....	657

LIBRO OCTAVO

—

NUEVOS PLANES

Capítulo I.....	Donde el conde de la Fe continúa su trabajo de zapa.....	673
— II.....	Donde una proposicion que haria reir á muchos, hace llorar á Clotilde.....	682
— III....	Las dos amigas.....	691
— IV.....	Una visita inesperada.....	69?

		Páginas
Capítulo V.....	El amigo y el médico.....	709
— VI.....	Donde continúan las asechanzas.....	714
— VII....	El aviso.....	721
— VIII...	Donde las impresiones del alma asoman á los ojos.....	731
— IX.....	Donde continúa perdido el doctor Samuel...	740
— X.....	Más antecedentes.....	751
— XI.....	Caer en el lazo.....	758
— XII....	La Casa Blanca.....	768
— XIII...	Donde se cruzan los anónimos.....	777
— XIV...	Un carácter de hierro.....	786
— XV....	El primer indicio.....	795
— XVI...	Donde el doctor Mendez encuentra un buen aliado.....	804
— XVII...	Una conciencia tranquila y un corazon sereno.....	815
— XVIII.	La fibra sensible.....	829
— XIX...	El ventorro del Canal.....	842
— XX....	Donde se prueba que del vino nace la confianza.....	854

INDICE

TOMO SEGUNDO

LIBRO NOVENO

EL TODO POR EL TODO

		Páginas
Capítulo I.....	Noche de angustia.....	5
— II.....	Donde el cazador da cuenta de sus pesquisas.	11
— III.....	La primera imprudencia.....	20
— IV.....	Continuacion del anterior.....	30
— V.....	La fe de la juventud.....	40
— VI.....	Donde el conde esplana sus teorías.....	46
— VII....	Donde se demuestra la influencia de trescientos duros.....	55
— VIII...	La calentura del hambre.....	69
— IX.....	La vida por la honra.....	80
— X.....	Donde el general se persuade de que hay Providencia.....	90
— XI....	La voz de la sangre.....	103

LIBRO DÉCIMO

EL MISTERIO DE UN CRÍMEN

Capítulo I.....	El Gorrion.....	115
— II.....	Primeras indagaciones.....	127
— III....	Donde el lector sabe algo más que la justicia.	137
— IV.....	Lucha desigual.....	147
— V.....	Un asociado de la secta de los purificadores.	159
— VI....	Donde el doctor Samuel llega á puerto de salvacion.....	168

Páginas

Capítulo VII.... Donde Rosa es portadora de malas nuevas... 176
— VIII... Donde el conde de la Fe dispone tambien su equipaje..... 185
— IX.... Astucia y candidez..... 196
— X..... Frente á frente..... 202
— XI.... La despedida..... 211

LIBRO UNDÉCIMO

LEJOS DE ESPAÑA

Capítulo I..... A viajar..... 219
— II..... Tristeza del alma..... 225
— III.... Impresiones..... 234
— IV..... Noticias de España..... 239
— V..... Donde el conde va preparando el terreno.... 250
— VI..... La primera cita..... 257
— VII.... Servidor leal..... 267
— VIII... Donde la Providencia se burla de un conde y de un marqués..... 275
— IX.... Donde el conde procura tranquilizar á su ahijado..... 283
— X..... El placer de la venganza..... 288
— XI.... Confesion..... 297

LIBRO DUODÉCIMO

BAJO EL CIELO DE ESPAÑA

Capítulo I..... Retroceder..... 305
— II..... Donde el doctor Mendez descubre terreno... 312
— III.... La marquesa del Rádio..... 317
— IV.... Una revelacion inesperada..... 324
— V..... Horas de dolor..... 335
— VI.... Una situacion grave..... 343
— VII.... Amor de hermanos..... 354
— VIII... El entusiasmo de la juventud..... 361
— IX.... Dos lágrimas..... 368
— X..... La súplica..... 374
— XI.... La amenaza..... 380
— XII... Donde el doctor Samuel sigue con las mismas dudas..... 388
— XIII... Doña Blanca recibe noticias de Clotilde.... 396

LIBRO DÉCIMOTERCIO

—

NOCHE DE ANGUSTIA

		Páginas
Capítulo I.....	Meditacion interrumpida.....	405
— II.....	En donde Santiago no sabe qué responder.. .	411
— III....	El padre de almas.....	417
— IV.....	Misterio.....	424
— V.....	Donde Daniel encuentra á Clotilde.....	430
— VI.....	Los dos hermanos.....	436

LIBRO DÉCIMOCUARTO

—

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE

Capítulo I.....	El emisario de la muerte.....	445
— II.....	Lágrimas.....	451
— III.....	El primer amor.....	458
— IV.....	Donde Daniel interrumpe la lectura.....	467
— V.....	La noche del 14 de Diciembre.....	477
— VI....	Donde el emigrado relata una parte de su historia.....	486
— VII....	El niño enfermo.....	494
— VIII...	Quién era el desconocido de Mohernando....	502
— IX.....	Donde el lector del manuscrito hace una pausa.....	510
— X.....	Donde el sueño de Ángela se convierte en realidad.....	519
— XI.....	Donde el general confiesa su culpa.....	527
— XII....	Las dos madres.....	538
— XIII...	La víctima y el verdugo.....	545
— XIV...	Donde la luz del alba suspende la lectura del manuscrito.....	555

LIBRO DÉCIMOQUINTO

—

LA RAMA DE OLIVO

Capítulo I.....	En mitad de un camino.....	565
— II.....	Al despertar.....	573
— III....	Los primeros síntomas de una enfermedad grave.....	580

		Páginas
Capítulo IV. . . .	Una escena en el bosque.	585
— V.	Donde Lorenzo sabe lo que deseaba.	593
— VI.	Nuevas combinaciones.	599
— VII. . . .	Dos españoles más en el lago Leman.	604
— VIII. . .	Donde se van reuniendo los personajes.	610
— IX.	El ángel junto al enfermo.	616
— X.	Las almas generosas.	623
— XI.	Un corazon de acero.	629
— XII. . . .	Donde el autor habla por cuenta propia. . . .	638

INDICE

TOMO TERCERO

LIBRO PRIMERO

UNA VOLUNTAD DE HIERRO

		Páginas
Capítulo I.....	El hombre de los cabellos blancos.....	5
— II.....	El fuego y la nieve.....	12
— III.....	El halcon y la paloma.....	20
— IV.....	En donde el conde de la Fe prueba que tambien pueden defenderse las malas causas.	26
— V.....	La duda en el alma.....	33
— VI.....	Ni un paso atrás.....	40
— VII.....	Un carácter enérgico.....	50
— VIII...	Vacilacion.....	54

LIBRO SEGUNDO

CONTINÚA LA LECTURA

Capítulo I.....	Recuerdos.....	65
— II.....	Correspondencia.....	71
— II.....	El crepúsculo oriental.....	78
— III.....	Donde se reanuda la interrumpida lectura del manuscrito.....	85
— IV.....	Donde continúa la lectura del manuscrito..	95
— V.....	Donde Angela vuelve á reunirse con su hijo.	106
— VI.....	Las dos cartas.....	114
— VII.....	La última palabra.....	122
— VIII...	Una prueba más.....	132
— VIII...	Un emisario del conde de la Fe.....	140

LIBRO TERCERO

LA CONVALECENCIA

		Páginas
Capítulo I.....	Donde se demuestra que el general Lostan no olvida á sus enemigos.....	153
— II.....	Una escena íntima.....	161
— III.....	El emisario del conde de la Fe.....	168
— IV.....	La carta de Blanca.....	176
— V.....	Un alma generosa.....	184
— VI.....	Las páginas del general Lostan.....	193
— VII.....	La impaciencia del que espera.....	202
— VIII...	Donde Daniel se despide del conde.....	209
— IX.....	Encuentro inesperado.....	219
— X.....	En las orillas del lago.....	228
— XI.....	Adios para siempre.....	236
— XII....	La partida.....	245

LIBRO CUARTO

EN MADRID

Capítulo I.....	El tio de Indias.....	257
— II.....	El tio y el sobrino.....	265
— III.....	Donde Ernesto y su criado Gorrion estuvieron á punto de morir de felicidad.....	275
— IV.....	En el café Imperial.....	281
— V.....	¡Dinero! ¡dinero! ¡dinero!.....	292
— VI.....	Los vivos y los muertos.....	300
— VII....	Donde Ernesto visita á su antiguo protector.	307
— VIII....	Los recuerdos de un viejo alegre.....	316
— IX.....	Donde continúa la conversacion de los dos viejos.....	325

LIBRO QUINTO

ABNEGACION

Capítulo I.....	Un alma generosa.....	335
— II.....	Una escena difícil.....	341
— III.....	Amor fraternal.....	350
— IV.....	Desprendimiento.....	358
— V.....	La carta de Suiza.....	370

		Páginas
Capítulo VI. . . .	Una comision dolorosa.	377
— VII. . . .	Otra vez en Horche.	385
— VIII. . .	La primera visita.	393
— IX.	Al pié de la tumba.	399
— X.	Los recuerdos de la infancia.	405

LIBRO SEXTO

—

EL SOBRINO DEL MILLONARIO

Capítulo I.	Donde se da cuenta de una embajada.	415
— II.	Correspondencia.	422
— III.	Nuevas dificultades.	430
— IV.	Donde el millonario desempeña su comision.	439
— V.	Sin apelacion.	449
— VI.	La esperanza y la duda.	460
— VII. . . .	Las dos amigas.	468
— VIII. . .	Un demócrata de sangre azul.	477
— IX.	Una agradable sorpresa.	487
— X.	Un pensamiento.	497

LIBRO SÉTIMO

—

EL DESTERRADO VOLUNTARIO

Capítulo I.	Efectos de una declaracion de amor.	507
— II.	La amistad verdadera.	516
— III.	Donde Alvaro sabe lo que desea.	524
— IV.	Continuacion del anterior	532

LIBRO OCTAVO

—

IMPOSICIONES

Capítulo I.	Los nuevos planes del conde de la Fe.	545
— II.	Matar ó morir.	553
— III.	La calma despues de la tempestad.	560
— IV.	Una gota de bálsamo.	269
— V.	Fingimiento.	575
— VI.	Preparativos.	584
— VII. . . .	Revelaciones.	591
— VIII. . .	Los tres amores.	599

LIBRO NOVENO

UN GOLPE DE EFECTO

		Páginas
CAPÍTULO I.....	Donde Ventura sabe por qué quiere casarse su amo.....	609
— II.....	La losa mortuoria.....	618
— III.....	Una visita inesperada.....	624
— IV.....	El génio del bien.....	630
— V.....	Donde el general prepara la emboscada.....	639
— VI.....	La verdadera nobleza.....	645
— VII....	Un pensamiento que merece la aprobacion del duque.....	653
— VIII...	En el salon de descanso.....	660
— IX....	Donde Julio encuentra lo que busca.....	667
ERRATA IMPORTANTE.....		675

LIBRO NOVENO

UN GOLPE DE EFECTO

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

Tomo primero

	Páginas
¡Dios mio! ¡cuánto se ama á los hijos!	1
Pues bien, vas á morir; el secreto que posees merece la muerte	78
Clotilde	89
Hoy me has hecho una mala partida,—dijo Clotilde al general	167
Venga un abrazo y que Dios te dé suerte	234
Tiró con fuerza del cordon de la campanilla	276
Ese cráneo que te sobrecoge	384
Ernesto	574
¿Será mañana el duelo?	581
¿Usted aquí?	623
Quesada	636
Voy á dictarte: escribe	696

Tomo segundo

Leandro con los brazos cruzados	164
¡Beatriz!... ¡tú vienes por mi vida! ¡pues bien; yo voy á dártela!	636

Tomo tercero

	Páginas
Portada	1
¡Madre mia!... ¡vuelves á reunirte conmigo, ó me arrojo al lago	61
Yo quisiera demostrar á usted mi agradecimiento	102
Clotilde contemplaba al general	230
El llanto es un consuelo... dichosos de los que lloran	403
El duque de San Plácido	477
Allí está	625

INDICE

TOMO CUARTO

LIBRO DÉCIMO

DESPUES DE LA ORGÍA, EL DUELO

		Páginas
Capítulo I.....	En el cuarto de la bailarina.....	3
— II.....	Antes de la cena.....	10
— III.....	Los convidados de Marieta.....	18
— IV.....	Durante la cena.....	25
— IV	Dar en el blanco.....	33
— V.....	Donde el doctor Mendez hace su pronóstico.	43
— VI.....	Donde Ventura prepara el terreno.....	52
— VII....	La mujer que hace falta.....	60
— VIII...	Despues del duelo.....	68

LIBRO UNDÉCIMO

LA EMBOSCADA

Capítulo I.	Como dos buenos amigos.....	77
— II.....	La sorpresa.....	85
— III.....	Matar ó morir.....	93
— IV.....	Agonía.....	102
— V.....	La última voluntad.....	110
— VI.....	Santiago.....	118
— VII....	La acusacion de un muerto.....	125
— VIII...	Es preciso vivir.....	133
— IX.....	Las iniciales.....	140
— X.....	La carta.....	147
— XI.....	Donde la marquesa se queda con las mismas dudas.....	154

LIBRO DOCE

COMO LAS MARIPOSAS

		Páginas
Capítulo I.....	Los temores de una madre.....	163
— II.....	Lo que sucedia en Horche.....	172
— III.....	Las tres cartas.....	182
— IV.....	Donde Daniel encuentra una segunda madre.	190
— V.....	Pesquisas inútiles.....	197
— VI.....	Una prueba más.....	207
— VII....	La amenaza.....	216
— VIII...	Una herida más.....	225
— IX.....	La lectura del testamento.....	235
— X.....	Los planes de Julio de Monforte.....	243
— XI.....	Despedida.....	252
— XII....	Declaracion.....	260

LIBRO TRECE

LA ENFERMERA DEL BARON

Capítulo I.....	El emisario.....	271
— II.....	Donde Marieta produce buen efecto.....	279
— III.....	Una promesa.....	287
— IV.....	El pronóstico del doctor Mendez.....	295
— V.....	La primera mañana.....	303
— VI.....	En el mar.....	312
— VII....	La muerte.....	319
— VIII...	Meditaciones.....	328

LIBRO CATORCE

TENDER LAS REDES

Capítulo I.....	El consejero de la bailarina.....	339
— II.....	El encuentro.....	348
— III.....	En la orilla del mar.....	356
— IV.....	Donde Ventura prepara el terreno.....	365
— V.....	Como se pide.....	376
— VI.....	El sol y el amor.....	384
— VII....	Caminando hácia el sepulcro.....	393
— VIII...	La última noche.....	402

Páginas

Capítulo IX..... Se dispone el viaje..... 410
— X..... La carta de Roma..... 419

LIBRO QUINCE

SEIS AÑOS DESPUES

Capítulo I..... La nieve..... 431
— II..... Noticias del pueblo..... 438
— III..... Trasformacion..... 446
— IV..... De Lisboa y de Madrid..... 453
— V..... La Noche-Buena..... 461
— VI .... El señor Mendoza..... 469
Conclusion..... 481